



RÉPLICA AL R. P. FONSECA,

DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

COMO si tuviera yo vocación de jockey, ó se tratara de ganar algún premio á la carrera, me estuvo zahiriendo siete ú ocho días *El Siglo Futuro* por haberse retardado otros tantos la publicación de mi primera carta en respuesta al P. Fonseca. Salió al fin la carta (que antes hubiera salido, á haberla escrito yo en Madrid), y el P. Fonseca quedó en profundo silencio durante quince ó veinte días, sin protesta alguna de *El Siglo Futuro*, que en esta ocasión mostró tener dos pesos y dos medidas. Pero esto nada importa. Lo importante de saber es, que ese *diuturno* silencio fué bien aprovechado por el susodicho Padre

Dominico en compaginar las leves, aéreas, cortes y evangélicas disquisiciones con que, por espacio de dos semanas, viene regocijando á los lectores de *El Siglo Futuro*.

Lo primero que se ocurre, en presencia de un escrito del P. Fonseca, es *medirle*. Yo lo he hecho con el presente, y he hallado que consta de 40 columnas en folio; unas 200 páginas, y me quedo corto. Para orientarnos en tal laberinto, donde todas las proposiciones están repetidas, por término medio, una docena de veces, conviene subdividir el *quodlibeto* del P. Fonseca en dos partes principales, á saber:

Primera y más extensa. Caricias, lecciones y consejos. El P. Fonseca me llama *impostor*, *torpe*, *calumniador*, *calumniador* otra vez, *infamado*, merecedor de *severas reprimendas*, *calumniador* (y van tres); dice que estoy en *estado de perturbación mental*, *que falto á la verdad*, *que tasco el freno*, *que de los libros sólo conozco el número de ediciones*, *el lugar y la fecha de la impresión*, *y las condiciones tipográficas*; que estoy (otra vez) en estado de *perturbación y trastorno*, y que mis estudios se reducen á *hacinar ediciones*, y no sé cuántas y cuántas cosas más; porque los artículos son ocho ó diez, y estas frases están tomadas solo de los cuatro ó cinco primeros.

¿Á qué responde tan feroz y descomedida agresión? ¿Qué quieren decir esas frases, algunas de las cuales quizá merecieran caer bajo otra jurisdicción que la literaria? ¿Cree el Padre Fonseca que le autoriza el hábito religioso

que viste para faltar á las consideraciones de mutua cortesía y respeto que á todos nos obligan, así clérigos como laicos, y sin las cuales la vida social se convertiría en un pugilato brutal, digno de carreteros británicos? ¿Cree el Padre Fonseca que es lícito, edificante y cristiano, y muy propio de un religioso y de un teólogo, escribir doscientas páginas llamando á boca llena *embustero* y *calumniador* á un hombre, sólo porque ha hecho constar el hecho evidente y certísimo de que en un libro publicado por la Comunidad de Corias con el título de *Triduo* (así se lee en la anteportada), se dedica la mayor parte del volumen á morderle y maltratarle?

¡Y esto por qué! Porque, siguiendo las tradiciones de noble independencia de la filosofía cristiana de otras edades, me atrevo á disentir del tomismo rígido (ó de lo que dicen algunos de sus intérpretes ser doctrina tomista) en algunos puntos más ó menos esenciales, á la manera que en otros muchos y más importantes difieren el Sutil Escoto y todos los filósofos de la Orden de San Francisco, para no buscar ejemplo más cercano en nuestros escolásticos Jesuitas del siglo xvi, que con ser tomistas y venerar sobre toda filosofía la del Santo de Aquino, se permitieron apartarse, no tanto de ella como del universal sentir de sus comentadores Dominicos, en puntos de tanta trascendencia como la distinción ó no distinción ontológica de la esencia y la existencia; el conocimiento intelectual de los singulares, y otros muchos, así de

metafísica como de ideología, sin contar con las cuestiones de la gracia y del libre arbitrio.

La libertad, pues, que reivindico yo, es la que ha reinado siempre en las escuelas cristianas, la que la Iglesia ha autorizado en todos los siglos, la que permitió á Escoto contradecir á Santo Tomás en materia de tanta trascendencia metafísica como el principio de individuación. Y busco este ejemplo, porque basta él solo para probar que dentro de la Iglesia católica viven, y no aislados y obscuramente, sino patrocinados por una Orden religiosa, tan antigua y benemérita de la Iglesia como cualquier otra, sistemas filosóficos que difieren hondamente del de Santo Tomás, y que en algunas cosas le son opuestos. Y la prueba de que ni el texto ni la mente de la Encíclica *Aeterni Patris* son óbice para esto, nos la da el hecho de no existir ninguna declaración pontificia que directa ó indirectamente vede la enseñanza de la filosofía escotista, que, según entiendo, sigue dándose como siempre en los conventos de la Orden del Seráfico Patriarca.

Maltrata, pues, las glorias de la filosofía cristiana el que, por encumbrar á un solo doctor, inmola sin piedad en sus aras á todos los restantes, queriendo establecer hoy mucho más dura tiranía intelectual que en aquellos tiempos de luz y de vida para la escolástica en que resplandecían los Toledos, los Vázquez, los Suárez y los Rodrigos de Arriaga. Yo bien sé que estos grandes escolásticos y todos los Padres de la Com-

pañía eran y son tomistas, y de ello se glorian; pero ¿de qué manera lo son? ¿Aceptaría el Padre Fonseca todas sus opiniones é interpretaciones? ¿Ó cree que los puntos en que se apartaron ellos de los filósofos Dominicos no son, por lo menos, de tanta consideración como el problema del conocimiento y de las *especies inteligibles*?

Y aquí cumple declarar, que, con esta independencia mía en lo opinable, soy en el fondo mucho más fiel al espíritu de la escolástica que el P. Fonseca y los que con él piensan, y asimismo mucho más español que ellos; porque precisamente debe la escolástica su grandeza, no á la repetición mecánica y servil de una doctrina y de un texto, sino al espíritu de libre indagación, bajo el magisterio de la fe, que la caracterizó siempre; y á ese mismo espíritu independiente y expansivo debió España el tener filosofía, cuando la tuvo; y, al revés, apenas huyeron de la escolástica y huyeron de la ciencia española ese espíritu razonador y progresivo, una y otra se secaron y murieron hasta llegar al mísero estado en que hoy las vemos.

Ni sirve citar á todo propósito la Encíclica, pretendiendo cerrarnos la boca con ella, y dando á entender al vulgo ignorante que anda á dos pasos de la herejía el que se permite diferir de tal ó cuál opinión *peripatética* sobre este ó el otro punto de cosmología ó de ideología, sólo porque Santo Tomás adoptó esa opinión, como la adoptaban todos los escolásticos de su tiempo, y como la habían adoptado todos sus maes-

tros. Porque, en primer lugar, aunque las palabras pontificias merecen siempre toda veneración y acatamiento, ya confiesa el P. Fonseca, y sabe todo teólogo y todo canonista, la diferencia que va de una Encíclica á una definición dogmática, la cual ni ha recaído ni hemos de pensar que recaiga sobre cuestiones, tan poco relacionadas con el dogma como la de saber si el conocimiento es inmediato ó mediato y representativo. En segundo lugar, se ha de advertir que la Encíclica no dice, como se pretende, que todo, hasta los más mínimos pormenores de la filosofía de Santo Tomás, deba defenderse ciega y servilmente, sino que dice precisamente lo contrario; á saber: que «si se halla algo en los doctores escolásticos (no exceptúa á ninguno) que no parece compatible con los adelantos de la ciencia, ó que por cualquier otro motivo no parezca razonable, de ninguna manera ha de seguirse». No tengo á la vista la Encíclica, y por eso no cito textualmente; pero recuerdo bien el sentido, y por esta vez puedo fiarme de la memoria.

Se me objeta también, y nada menos que dos veces, una en latín y otra en castellano (tan pobre idea tiene el P. Fonseca de mis humanidades), la proposición XXII del *Syllabus*, conforme á la cual, la obligación de los maestros y escritores católicos no se limita á las verdades de fe y á lo que la Iglesia ha definido.

Claro que esa obligación se extiende también á todas las consecuencias y derivaciones lógicas

y necesarias de la doctrina de la Iglesia; pero ¿qué tiene que ver la doctrina de la Iglesia con las opiniones ideológicas de un doctor particular, por grande que él sea, ni mucho menos con las interpretaciones que de ellas hacen algunos de sus discípulos? Si así fuera, no quedaría libertad de opinión en cosa alguna, y lo mejor sería dejar el entendimiento quieto y ponerse á tirar de un carro. ¡Buenos estaríamos si los librijos que se le antojase escribir á cualquier tomista de ínfimo orden, hubieran de pasar por otros tantos Evangelios, quedando *ipso facto* excomulgado todo el que se permitiera dudar de que los principios del tal escritor, en materias de estas de tejas abajo, particulares, relativas, mundanas y opinables, tuvieran conexión ni aun remota con lo que la Iglesia enseña como necesario á nuestra salud y propone por norma de creencia ó de gobierno y disciplina!

2.º Promesas, y afirmaciones gratuitas que se probarán en su día. En efecto: el P. Fonseca no ha acertado á decir, en más de trescientas páginas que lleva escritas, todo lo malo que de mí piensa. Nada de eso: ofrece publicar un *buen* libro de crítica filosófica, ó, más bien, varios libros, refutando plana por plana todos los míos. Yo felicito al P. Fonseca por tan loable resolución, y no porque yo tenga propósito de perder en contestarle mi tiempo, que, tal cual sea, no está á disposición del P. Fonseca, ni mucho menos á la de los innumerables españoles que divierten sus ocios en morder al prójimo, sin advertirle

antes en qué librería podrá encontrar sus propias excelentísimas obras, para tomar en ellas luz y enseñanza, y medicina contra los errores; sino porque, escribiendo el P. Fonseca, se lograrán tres ventajas: la primera, enriquecerse la patria literatura con un libro que será bueno, según afirma en profecía su mismo autor; la segunda, adquirir yo una fe de erratas perdurable y gratuita; tercera, la del buen ejemplo que da el Reverendo P. Fonseca, abdicando tan magnánimamente de toda la gloria que pudiera caberle por las obras magistrales y luminosas que podía escribir de teología y otras ciencias divinas y humanas, para convertirse modestamente en sombra y satélite mío.

Y, en efecto, ¿qué cosa más noble, más digna de un cristiano, de un sacerdote, de un hijo de Santo Domingo de Guzmán, de un profesor de filosofía escolástica, que declarar guerra perpetua y sistemática, *porque sí*, á un escritor, cuya culpa más grande será haber dedicado ocho ó diez años de su vida á defender en los libros y en la cátedra la verdad católica y las tradiciones científicas de su patria, y á esclarecer puntos oscuros de su historia literaria, que los tomistas españoles de este siglo, á pesar de su extraordinaria sabiduría, que de un modo *eminential* (sic) y como en germen, contiene todas las ciencias, se habían dejado intactos?

A esto me dirá, y me ha dicho ya el P. Fonseca, que precisamente á los escritores católicos que en algún punto particular difieren de la

doctrina del Ángel de las Escuelas es á los que conviene exterminar, impidiendo que se diga ó estampe cosa alguna que no sea un extracto de la *Summa* ó de sus índices. (Sobre esto de los índices hablaremos luego.) Porque si bien es verdad que en este siglo han pululado y pululan los filósofos racionalistas, son tales sus *dislates*, que los *verdaderos católicos* no pueden menos de reirse de ellos, siendo, por tanto, cosa excusada que el pensador católico pierda su tiempo en refutarlos.

Todo esto lo dice de buena fe, sin duda; el P. Fonseca, y con la misma buena fe le respondo yo, que por verdadero católico me tengo, y, con todo eso, no se me ha ocurrido nunca *reirme* de hombres tales como Hegel, Stuart Mill, Herbert Spencer, Bain, Tyndall y tantos otros. Lo que se me ha ocurrido es dolerme de ver tan poderosos entendimientos y tanta suma de positiva cultura empleados en el mal. Si los católicos damos en *reirnos* de la ciencia de los impíos, y no en refutarlos, los impíos se reirán de nosotros, y daremos tristísima idea de nuestro estado intelectual. Pero, ¡ya se ve!, es mucho más cómodo destrozarnos dentro de casa con las necias disputas de *catolicismo liberal* y otras análogas, que buscar á los adversarios en el terreno donde ellos están y aprender lo que ellos aprenden, ciencias naturales é históricas, filología, exegesis crítica, lenguas antiguas, historia de la filosofía, todos esos estudios aborrecidos de muerte por el Padre Fonseca, que hoy viene clamando contra los

helenistas y los hebraizantes, como clamaban los enemigos de Reuchlin, como clamaban los enemigos de Erasmo.

Afortunadamente, los siglos no pasan en balde, y si aquellos eruditos tuvieron que defenderse, yo no, porque sólo el intentarlo sería una ofensa al sentido común de la humanidad, que ha adelantado mucho en esta parte. Yo no me avergüenzo de las pocas cosas que he llegado á saber; me avergüenzo, sí, de las muchas que ignoro; pero nunca se me ha ocurrido vengarme de esta ignorancia mía, menospreciando el estudio y sudor ajenos, ni menos remediarla con la facilísima panacea de un libro ó de un sistema que, por modo *eminencial*, me lo dé resuelto todo, y me excuse el trabajo de pensar y de investigar por mi cuenta.

Si para eso ha de servir en España la restauración escolástica; si ese sentido quiere dársela, contra lo que se entiende en todas partes, contra lo que en Roma pasa, contra las terminantes declaraciones de Su Santidad en la misma Encíclica, yo no puedo menos de declarar solemnemente que nada tengo que ver con semejantes restauradores, cuya obra sólo ha de servir para perpetuar en España el estado de desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos, y que nos hace literalmente el ludibrio y la ignominia de Europa. Quizá dé yo excesiva generalidad á las palabras del P. Fonseca; pero entiendo que en nuestro estado actual de cultura, toda insinuación alevosa del género de las suyas, contra

tal ó cuál estudio real y positivo de los que no están sujetos á sistemas, contribuye á perpetuar el universal atraso y debe condenarse acerbamente, venga de donde venga. Y así, limitándonos al punto que nos ocupa, es cierto que las lenguas (antiguas ó modernas) no son las ciencias, sino los instrumentos de ellas; pero también es cierto que las ciencias están en las lenguas, y que el que no sabe las segundas se queda á entender las primeras, por muy *eminencial* que sea su potencia. Y todo lo que en España tienda á retraer á los jóvenes de buscar la ciencia en sus fuentes, es consejo detestable. Para la filosofía de Santo Tomás, la fuente es Santo Tomás; pero para la filosofía de Aristóteles, la fuente no es Santo Tomás, sino Aristóteles. Y el imaginarse y decir que después de Becker, después de Brandis, después de Trendelemburg, después de Grote, Aristóteles nos dice hoy lo mismo que decía á los hombres del siglo XIII, es una blasfemia científica de tal género, que cae fuera de los límites de toda razonable discusión. Precisamente el texto griego de Aristóteles es de los más oscuros que pueden darse, y nunca se harta uno de comparar distintas ediciones y comentarios para llegar á entender algo. Ocho ó diez textos de la *Poética* y otros tantos epitomes, he tenido á la vista para un trabajillo que estoy haciendo, y todavía encuentro muchísimas obscuridades. ¡Y eso que se trata del libro menos difícil de los de la enciclopedia aristotélica, por la materia y por el estilo!

Y no se entienda por esto que menospreciamos los trabajos de Guillermo de Moerbeka y otros rarísimos helenistas de la Edad Media. Sus trabajos, tales como son, tuvieron grande importancia en su tiempo, sirvieron al adelanto de los estudios, y representaban, siquiera por ser directos, un progreso sobre las versiones derivadas del árabe. Pero sea cual fuere el mérito relativo de estos loables esfuerzos, ¿á quién se le ha de ocurrir hoy tomar luz para la inteligencia del Estagirita en versiones hechas por hombres que desconocían de todo punto la historia de la filosofía griega anterior á Aristóteles, y que sustituían el tecnicismo filosófico del original, tan erizado de obscuridades, con el tecnicismo corriente en las escuelas de su tiempo? ¿Basta, por ventura, saber alemán para traducir á Hegel?

Una de las cosas que el P. Fonseca se propone demostrar en esa biblioteca que va á escribir, es que Santo Tomás fué profundísimo en el conocimiento de la lengua griega. Semejante pretensión ha de parecer forzosamente muy singular á quien conozca algo la historia literaria de la Edad Media, y los modernos y valiosísimos trabajos de dos eruditos franceses, y uno alemán, sobre la conservación de la lengua griega en Occidente y sobre las primitivas versiones latinas de Aristóteles. Es ya cosa averiguada que el conocimiento del griego era rarísimo en la Europa latina, y más entre los escolásticos, hasta muy á fines del siglo xiv, en términos tales, que

el Petrarca mismo, patriarca de las letras humanas en Italia, se fué al otro mundo sin saberlo. Cuando algún escolástico lo supo, se cuenta por cosa rara en su biografía, y él mismo lo manifestó á cada paso en sus obras, así sucede con Scoto Erígena y con Rogerio Bacon. Respecto de Santo Tomás, lo único que puede afirmarse con certidumbre histórica, es que conoció la deficiencia de las traducciones latinas que corrían en su tiempo, y procuró adquirir y cotejar entre sí cuantas pudo, y aun encargó otras nuevas á Moerbeka y otros frailes de su Orden, que, por haber residido en Oriente ó por otra causa cualquiera, podían hacerlas. En todo lo cual (dicho sea de pasada) mostró Santo Tomás, como siempre, un espíritu mucho más amplio y ávido de saber que el de esos discípulos suyos que pretenden hoy que nos contentemos con lo que á Santo Tomás mismo no satisfacía en su tiempo.

La tradición de la Orden, aun dado por supuesto que fuera tan fácil de hacer constar documentalmente como al P. Fonseca le parece, no sería por sí sola argumento decisivo, puesto que en toda congregación fácilmente se trueca en fanatismo la adoración por sus doctores. Ni prueba tampoco nada, á no ser el talento filosófico de Santo Tomás, por nadie negado, el hecho de que Flaminio y Agustín Nipho encontrasen sus comentarios mejores que los de los griegos alejandrinos, pues esto claro es que no se refiere á la interpretación literal, en que nin-

gún latino, ni del siglo XIII ni de éste en que vivimos, osaría competir con Alejandro de Afrodisia ó con Juan Filopono, sino al intrínseco valor de los comentarios de Santo Tomás, considerados como obra filosófica, abstracción hecha del texto que comentan. Fuera de que ni Flaminio ni Nipho son autoridades de tal peso que su dicho haya de tomarse por Evangelio, ni pase de ser una opinión particular más ó menos controvertible.

También demostrará el P. Fonseca en esa Biblioteca *promissa*, porque lo que es ahora de ningún modo lo demuestra, que la filosofía de Santo Tomás (entendida la palabra *filosofía* en todo su rigor, y sin mezclarle elementos que no son suyos) contiene un gran número de principios y teorías, que no son ni aristotélicos, ni platónicos, ni cristianos, ni de los Santos Padres, ni de la escolástica antigua, y que dichos principios y teorías son tantos y tales, que bastan para sostener que la admirable doctrina de Clemente de Alejandría, de Orígenes, de Tertuliano, de Lactancio, de San Agustín, de San Juan Damasceno, de San Anselmo, de Alberto Magno y de otros tantos, se reducía á *escombros informes, mutilados y dispersos*. ¡ Ah! No es tan fácil borrar de la memoria de las gentes los nombres inmortales de los Padres de la Iglesia griega y de la latina, sólo con decir que su saber se reduce á *fragmentos*, y que antes de Santo Tomás no se conocía ningún *organismo filosófico compenetrado por el dogma*.

La historia contestará siempre á tan anticuadas pretensiones, mostrándonos desde los primeros siglos cristianos la hermosa tentativa de la escuela catequética de Alejandría, y el primer organismo en los *Stromata* y en otras obras de Clemente Alejandrino. La historia nos mostrará ya la psicología cristiana en Nemesio, en San Agustín, en Mamerto Claudiano. La historia nos enseñará, además, que Santo Tomás no es él sólo toda la escolástica, ni es en fecha el primero de sus doctores, sino uno de los últimos, y que antes de él habían florecido tan grandes pensadores como San Anselmo, Pedro Lombardo, Alberto Magno, Alejandro de Hales y otros muchos (sin contar con los que cayeron en algún error teológico), de todos los cuales alguna substancia es de suponer que sacaría el Santo Doctor, sin que sea, por otra parte, tan extraordinaria en él la originalidad de forma y método, que baste para aislarle de todos los demás. Y la razón nos dirá después, que el afirmar, como afirma el P. Fonseca, que Santo Tomás reintegró al Criador en sus atributos, sobre ser expresión de todo punto impropia en boca de un teólogo, equivale á suponer que todos los Santos Padres que filosofaron antes de Santo Tomás no tenían noticia alguna de la creación, ni de los divinos atributos, lo cual no sé yo cómo pueda defenderse ni oírse sin escándalo entre católicos, por muy tomistas que sean.

En esa misma *promissa bibliotheca* demostrará

el P. Fonseca que Suárez comentó la Metafísica de Santo Tomás y no la de Aristóteles, á pesar de no haber escrito Santo Tomás Metafísica original alguna. ¿Cómo puede cumplirse semejante prodigio? Yo lo ignoro; sólo sé que si mañana publicara yo, pongo por caso, un comentario sobre algún libro de Platón, forzosamente tendría en cuenta los comentarios anteriores y los elogiaría en lo que fueran dignos de alabanza, y, sin embargo, no se diría de mí que había comentado á Schleirmacher, ni á Ast, ni á Stallbaum, ni á Hermann, sino á Platón.

En cuanto á la concordia platónico-aristotélica, hace bien el P. Fonseca en no tenerla por imposible y en descartarla de esta polémica, donde nunca debía haber figurado. Lo único que deseo es que el P. Fonseca pare mientes en el verdadero sentido de ese armonismo, tras del cual han corrido innumerables escuelas, desde los neo-platónicos de Alejandría hasta Hegel. Las diferencias literales entre Platón y Aristóteles, nadie las ha negado (porque entonces no habría cuestión). A lo que han tendido y tienden todos los partidarios de escuelas armónicas, es á fundir éstas diferencias inferiores bajo una concepción más amplia y comprensiva, que pudiéramos llamar *onto-psicologismo*. Nadie ha pretendido que la idea platónica, como idea, en su pura y abstracta realidad, y la *forma* peripatética, como tal forma, fugitiva y mudable, sean la misma cosa, sino que la idea (platónica ó hegeliana) desciende de su solio, y se concreta,

determina y traduce en las cosas creadas, *informando* la materia y abrazándose con ella en lazo amorosísimo, y siendo lo único *real* en medio de la irrestañable corriente de lo pasajero y mudable. No es del caso discutir esta concepción armónica, pero sí consignar históricamente su importancia y su alcance, tal que no puede menoscabarse con frívolas burlas.

Separados ya de la carta del P. Fonseca estos elementos extraños, que ocupan los tres primeros artículos, quedan la cuestión del psicologismo, la de las *especies inteligibles*, una disertación de todo punto impertinente sobre la mística, de que hasta ahora no se había hablado en el debate, y una tentativa de defensa de Donoso Cortés. De todos estos puntos diremos algo, procurando no imitar en la prolijidad al P. Fonseca. Y, ante todo, conviene decir muy clara la verdad, acerca del método de discusión por textos, en que parece estribar el mayor nervio de la argumentación del P. Fonseca. Los textos no son nada cuando se los saca de su lugar y no se los interpreta como Dios y la lógica lo mandan. Ni el traerlos en tan gran número arguye mérito alguno, ni demuestra por sí sólo ese conocimiento profundísimo de las obras de Santo Tomás, que parece quiere monopolizar el Padre Fonseca, negándonoslo enteramente á los legos. Sin duda cree que éstos no han descubierto todavía que todas las buenas ediciones de Santo Tomás, entre ellas la que poseo, tienen al fin un copiosísimo *Index rerum*, en que se encuentran

indicados por su orden todos los lugares de sus obras en que el Santo Aquinate habla de cada cuestión filosófica. Hecho este descubrimiento, no hay cosa más fácil que discutir hasta lo infinito por el procedimiento del P. Fonseca. ¿Se trata, v. gr., del método psicológico? Pues no hay más que abrir el índice y copiar el registro de las cuestiones en que se trata del alma y de sus facultades, ó de la reflexión y propia conciencia. ¿Se trata de la inducción? Pues no hay más que acudir á la palabra *inductio* ó á otra análoga.

No digo esto para enfadar al P. Fonseca; ya sé que él y todos los religiosos de su Orden saben de memoria á Santo Tomás. Pero sería bueno que á los que vivimos en el siglo no nos creyesen tan incapaces de acercarnos á un texto, que, todo bien mirado, no es ni más largo, ni más difícil, ni más abstruso, ni más inameno que otros que por obligación tiene que manejar todo el que curse escuelas en este siglo. Hasta recreativa puede parecer la *Summa*, si se la coge después de leer un rato en la *Crítica de la razón pura*, ó en el *Sistema del idealismo trascendental*.

Todo esto, pues, quiere decir, no que el Padre Fonseca no sepa su Santo Tomás, sino que, apremiado por el tiempo, y creyendo piadosamente que se las había con un adversario de todo punto ignorantísimo; á quien habían de aterrar las signaturas de cuestiones y artículos, creyó con esto sólo haber ganado la batalla.

Ya, al leer aquella nota de cincuenta páginas, reparé en este procedimiento; pero no creí conve-

niente decirlo por respeto al P. Fonseca. Lo que hice fué abrir la *Summa* y leer una por una las cuestiones citadas por el P. Fonseca. De esta segunda lectura resultó quedar robustecida en mi ánimo mi creencia antigua, que puede reducirse á estas proposiciones:

1.^a No existe en Santo Tomás el psicologismo exclusivo de la escuela escocesa, ni el menos resuelto de algunos españoles é italianos del siglo xvi.

2.^a No predomina en Santo Tomás el método psicológico de modo tal que pueda decirse que este es uno de los caracteres de su doctrina.

3.^a Hay en Santo Tomás mucha y profundísima psicología, así racional como experimental; pero no hemos de tener ligeramente por descubrimiento suyo todo lo que en él encontramos. Hay que descontar, en primer término, lo muchísimo que debe al tratado *De anima* y á los admirables opúsculos psicológicos de Aristóteles, de algunos de los cuales (v. gr., el de la *memoria* y el de *reminiscencia*) puede decirse con entero rigor que son psicología experimental, en el sentido escocés ó inglés de la palabra. Hay que descontar luego lo que tiene de San Agustín, de Mamerto Claudiano y de los escolásticos anteriores. Una vez que se haya separado todo esto, lo que quede será patrimonio exclusivo de la ciencia tomista.

Yo hubiera querido que el P. Fonseca, haciéndose cargo de estas proposiciones mías, me hubiera mostrado una por una esas novedades

psicológicas de Santo Tomás. Pero nada de eso. Ha encontrado más cómodo remitirme á otra docena de textos, empezando por confesar que el exclusivismo psicológico (única cosa á que yo me refería en el pasaje que ha movido toda esta alharaca) no está en Santo Tomás, ni puede deducirse razonablemente de sus principios. ¿Y entonces, á qué la nota y á qué la réplica?

De lo que yo dije, y repito ahora, sobre los orígenes de la psicología de Santo Tomás, así en los antiguos como en los Padres de la Iglesia, el P. Fonseca no se da por entendido, y hace bien. Lo importante es hacer creer á los novicios de Corias que Santo Tomás es el primero y el único que ha filosofado en el mundo.

Pero como no todos estamos sometidos á la autoridad censoria del Regente de Estudios, nos es lícito seguir dudando de esto, y todavía más de lo que se afirma del método inductivo. He recorrido uno por uno los pasajes que cita el P. Fonseca, y no he encontrado cosa alguna que no estuviera hartamente leer en el *Organon* y en sus comentadores, ni nada que se pareciera á las reglas del procedimiento de invención, tal como se encuentran expuestos, v. gr., en el canciller Bacon, y mejor en los libros de Whewell y de Stuart Mill. Yo bien sé que este procedimiento tiene un predecesor dentro de la Escolástica, pero no es ciertamente Santo Tomás. Se llama Rogerio Bacon, y pertenecía á la Orden de San Francisco. ¡Este Fr. Rogerio sí que es de la madera de los Vives, de los Telesios, de los Galileos y de

los Bacones! Esto es lo que cree toda la humanidad sobre la historia del método inductivo, y no basta para derribarlo llamar á la comprobación histórica *ligereza incalificable*, ni citar en montón y por el índice unos cuantos textos de Santo Tomás, que ni en poco ni en mucho se diferencian del sentir corriente entre los lógicos peripatéticos, ni arguyen tentativa de reforma, ni aplicación particular á las ciencias experimentales, ni nada, en suma, de lo que quiere darse á entender con el nombre de escuela inductiva.

¿Y á qué esos exclusivismos?, me dirá el Padre Fonseca. ¿Á qué? A dar independencia y desarrollo propio á algunas ramas de la ciencia, que se ahogaban dentro del procedimiento discursivo y demostrativo; á hacer que la actividad humana combatiese con las realidades vivas y no con las sombras y con los fantasmas; á dar á las facultades intelectuales el jugo sano y robustecedor de los pechos de la madre naturaleza; á decapitar la legión de abstracciones decoradas en las escuelas con nombres pomposos; á no multiplicar los entes sin necesidad; á reintegrar al hombre en el pleno dominio de sí y en el dominio, cada día creciente, de la naturaleza. Á eso conducen los exclusivismos que al P. Fonseca le parecen tan infernales; y si Santo Tomás viviera hoy, los estimaría como nosotros, y la ciencia de Santo Tomás no sería entonces lo que algunos malaconsejados discípulos suyos quieren que sea, un *caput mortuum* sin virtud ni eficacia, sino vasta y armoniosísima síntesis,

que ni negaría lo pasado, ni dejaría de abrir las puertas para lo por venir.

Y á esta luz se explican todas esas que el Padre Fonseca juzga irresolubles antinomias de mi tendencia filosófica. Carece el P. Fonseca de espíritu histórico, como todo el que se encierra en un dogmatismo cerrado. Para él la historia no tiene autoridad ni valor propio sino cuando sirve de arma de defensa para una tesis apologética. De igual modo, para los kantianos intransigentes, todo lo que precede á la *Crítica de la razón pura*, no tiene más que un valor de curiosidad. El P. Fonseca va más allá; no sólo niega todo lo anterior á la *Summa*, sino que niega además todo lo posterior, y, según creo, hasta la posibilidad de llegar el género humano á otra más completa filosofía. Esta pésima y estrecha comprensión de la historia ha sido vicio de espíritus tan eminentes como el de Hegel, que nunca vió en la historia de la filosofía sino un mecanismo conforme á ciertas leyes *a priori*. De esta manera Heráclito, interpretado por Hegel, no es Heráclito, sino Hegel.

Pero quien posea el verdadero criterio histórico, podrá entusiasmarse con sistemas distintos del suyo, y no los traerá para acomodarlos á sus ideas, sino que los pondrá en el medio en que se desarrollaron, y comprenderá su razón de ser en el mundo, y de qué manera esas mismas intolerancias y exclusivismos han contribuido al progreso de la ciencia quizá más que otros sistemas, que, á fuerza de concordarlo y

resolverlo todo, acaban por anular los impulsos particulares y por petrificar la ciencia en una fórmula.

Y así, sin ser groseramente empírico, se puede admirar, todavía más por sus resultados que por sus leyes, el titánico vencimiento de la materia al golpe de la inducción baconiana, de la cual está saturado hasta el ambiente mismo que respiramos. Y se puede admirar, sin ser psicologista fanático, esa tendencia analizadora y paciente que, lejana de ociosas disputas, ha ido escudriñando el mundo de los misterios interiores, é iluminando con esta luz toda la literatura moderna.

De ahí que yo, como historiador de la filosofía, sin necesidad de aplaudir las brutales invectivas de Bacon contra los peripatéticos, ni tener por de buena ley todos los golpes del hacha crítica de Luis Vives, ni rechazar la ontología al mundo de lo *incondicionado*, pueda comprender, y aun gustar, de esas tendencias, y sin ser precisamente *filósofo del Renacimiento*, como me llama de un modo algo estrafalario el P. Fonseca; sino filósofo de mi tiempo, que busca en el Renacimiento y algo más allá su genealogía, pueda simpatizar más que con ningún otro período histórico, con aquel de inmarchita gloria en que el hombre, sintiendo extenderse ante sí los límites del mundo físico, sintió la necesidad de extender asimismo los de su propia conciencia, y no se detuvo en la contemplación de la grandeza antigua, sino que lanzó á granel nuevas ideas,

para que los hombres de otros siglos las fecundásemos. Ahora, si abstractamente y como filósofo, sin consideración á lo particular y relativo, se me pregunta si esos métodos y tendencias constituyen toda la ciencia, responderé resueltamente que no; y así lo significan también las palabras de mis libros (que en tanta confusión han sumergido al P. Fonseca), porque mi pensamiento es que todas esas inducciones y psicologías, á las cuales ha de consentirse cierta libertad de acción para que produzcan cuanto racionalmente pueden producir, han de entrar en otra esfera científica superior, que el P. Fonseca puede llamar sin oposición mía *tomismo*, que otros llamarán de otro modo, y que yo llamo, con Leibnitz, *philosophia perennis*, la cual no viene á ser otra cosa que ese tesoro común de verdades del orden natural adquiridas por la humanidad en tantos siglos como hace que viene filosofando.

Esta filosofía *perenne* es á modo de un grande y sereno Océano, en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depurados en el color y en la calidad de sus aguas. Toda hipérbole, toda mezquindad de espíritu, toda interpretación no completa de la conciencia, se diluye y pierde en la congregación de tantas aguas, de las cuales beben copiosamente los espíritus sintéticos y organizadores, v. gr., Aristóteles, Santo Tomás. Desde tal altura debe parecer cuestión secundaria la de las *especiès inteligibles*, y pienso que Santo Tomás

mismo había de darla poca importancia si volviera al mundo, pues ni las especies son creación suya, ni le pertenecen á él más que al resto de los escolásticos, ni son siquiera consecuencia legítima del sistema peripatético, como yo demostraré en su día si llega á tratarse esta cuestión directamente y como Dios manda. Un tomo entero se necesitaría para recorrer todo el camino que anduvieron los *ídolos* y *fantasmas* del primitivo empirismo griego, y exponer luego las sucesivas transformaciones y alquimias que hicieron del *nous patético* y del *nous poético* del pobre Estagirita, los comentadores griegos primero, y luego los árabes, y finalmente los escolásticos, hasta producir la teoría del conocimiento que corre, no sé por qué razón especial, con nombre de tomista. Pero el explicar esto sería muy largo, porque exige (y no se ofenda el Padre Fonseca) muchas discusiones de esas críticas y filológicas que á él le desagradan tanto, y conocimiento además de ciertos libros, no de tan fácil acceso como la *Summa Theologica*.

Limitándonos ahora á lo que el P. Fonseca dice en el texto de su carta, y luego él mismo destruye en un *Corolario*, conviene declarar ante todo, para mayor claridad del debate, que lo que yo defiendo (sin pretensiones de imponérselo á nadie, cosa que, en verdad, me tiene sin cuidado) es, no la teoría, ni la opinión, sino el hecho del conocimiento *directo*, sin más términos que el sujeto y el objeto, modificándose el sujeto á tenor de la impresión recibida del objeto,